

del mismo Tagliamento, donde el Archiduque dispuso sus tropas para la defensa. Al Norte, entre Osoppo y Carpaccio, el general Bayalitsch, con cinco mil hombres; de Carpaccio á Codroipo, río abajo, las divisiones Reuss, con seis mil hombres, y Schulz, con tres mil quinientos; en el curso bajo del río, hasta Latisana, la división Seckendorf, con dos mil novecientos hombres. La línea total, de Osoppo á Latisana, era de siete leguas, resultando el cordón poco profundo, con la desventaja, además, de que el río podía vadearse por varios puntos. El diez y seis por la mañana, los franceses llegaron á la margen del Tagliamento, frente á Codroipo, yendo á la cabeza el mismo Bonaparte, para elegir el punto por donde fuera más fácil el vado; alrededor de las once, todo el ejército estaba reunido, unos veintidós mil hombres, Guyeux á la izquierda, Bernadotte á la derecha, Serurier á la reserva. Cada división llevaba de vanguardia un regimiento de infantería ligera, desplegado en línea y flanqueado en ambos lados por un batallón de granaderos, apretados en columna; seguían los cuatro regimientos de infantería de la división, el uno detrás del otro, el segundo batallón de cada uno en línea, el primero y el tercero en apiñadas columnas á los flancos. A la señal dada por Bonaparte, todos los cuerpos se movieron con presteza y regularidad; pasaron el río con el agua á la cintura; en perfecto orden ganaron la margen opuesta, y seguidamente acometieron contra los destacamentos de Reuss y Schulz y los dispersaron. El Archiduque dispuso que todas las fuerzas se retirasen hacia Udina, Cividale y Palmanova, y luego detrás del Isonzo. Pero esta retirada no estuvo bien dispuesta. Lo que importaba era defender á Tarvis, llave del camino que conducía al corazón del Austria. No tardó el Archiduque en volver de su error, pero ya era tarde. Después de haber pasado el Tagliamento, Massena, con sus once mil hombres, tomó la dirección de Tarvis por el valle del Fella, al tiempo que Guyeux se adelantaba, del lado de Caparetto, contra el centro enemigo mandado por Bayalitsch, y que Serurier y Bernadotte recorrían la cuenca baja del río por Goritz y Gravisca. En esta última ciudad quiso hacerse fuerte Augustinetz; pero tuvo que capitular con los dos mil quinientos hombres de su brigada. Desde este instante, imposible sostenerse los austriacos en la línea del Isonzo. A toda prisa, el Archiduque mandó al príncipe de Reuss marchar á Krain y de aquí á Willach; al general Pontreuil, subir por el Isonzo, unirse á Bayalitsch y tomar juntos el camino de Tarvis, y él por su parte, adelantándoseles, se dirigió á Willach por Laibach. No había, en efecto, momento que perder. El diez y nueve, Massena se había movido contra Ockay, que se había visto obligado á retirarse en Pontafel y al día siguiente en Wurzen, allende las alturas, deteniéndose el francés con el grueso de sus fuerzas en Pontafel y ocupando sus avanzadas á Tarvis. Esta parada salvó á los austriacos de una total ruina. Por orden de Bayalitsch, Gontreuil echó de Tarvis el veintidós á las avanzadas de Massena, y aprovechó estos instantes para hacer pasar el gran parque de artillería. Necesitaban los austriacos á todo trance conservar á Tarvis hasta que hu-

biesen desfilado todas sus divisiones. No lo pudieron lograr. En vano el Archiduque Carlos, enterado del peligro que corría Tarvis, voló con algunos caballeros al lugar del combate; en vano se puso, al observar la flojedad de la infantería, á la cabeza de sus húsares y trató de asegurar el éxito con un ataque de caballería; los franceses lo derribaron todo por delante y el Archiduque pudo dar gracias al cielo de haber escapado con vida. Koebles y Bayalitsch hubieron de darse prisioneros. Solas estas dos jornadas costaron á los austriacos tres mil hombres, y á contar de comienzos de la campaña, con ser tan corta, sus pérdidas, entre muertos, heridos y prisioneros, ascendían á la enorme cifra de catorce mil hombres, es decir, la mitad de su ejército, hallándose el resto en el más deplorable estado. Cuando, el veintiséis de Marzo, el Archiduque reunió en Klagenfurth las divisiones dispersas, se encontró con que sólo disponía de unos trece mil hombres. ¿Cómo empeñar combates con tan mezquinas fuerzas? La guerra había terminado á los diez días de haberse abierto la campaña. No se había mostrado menos adversa la fortuna con los imperiales en el Tírol, donde, desde el veinte de Marzo, el general Joubert, con sus veinte mil hombres, había derrotado en cinco sangrientos combates á los cuerpos austriacos, sostenidos por los intrépidos y hábiles tiroleses; les había matado algunos miles de hombres; les había hecho ocho mil prisioneros, y había sentado sus reales cerca de Brixen y de Botzen, en disposición de marchar igualmente á Carinthia ó de atacar el Brenner.

Brillante comienzo de campaña; pero su continuación podía fácilmente torcerse, á medida que el ejército de Italia se internase en los Estados austriacos, si no se apresuraban á secundarle los ejércitos del Rhin. Otro peligro amenazaba: que las poblaciones se sublevasen y aportasen auxilios á las fuerzas regulares. A todo proveyó Bonaparte, que había sentado su cuartel general en Goertz. Restableció con severas medidas la disciplina en sus tropas; regularizó el abastecimiento del ejército, á expensas de los distritos venecianos; reforzó con nuevas trincheras y proveyó de municiones las plazas de Palma, Osoppo y Gravisca; encomendó á su reserva de caballería, mandada por el general Dugua, la toma de Trieste; envió la división Bernadotte á Laibach, para ocupar la Carniola, y comunicó al Directorio las ventajas en tan breve tiempo alcanzadas, insistiendo en que, sin pérdida de tiempo, se abriese la campaña en el Rhin, por el peligro que corría, una vez dentro del Austria, de ser atacado y cercado por todos los ejércitos del Imperio. La previsión de este peligro no fué parte á que dejase de acelerar su marcha, á fin de no dar tiempo á que el Archiduque se repusiese y que le llegasen los refuerzos del Rhin. En medio de estas múltiples atenciones, recibió la noticia de haber estallado la revolución en Venecia.

La leyenda bonapartista ha echado sobre los pobres venecianos el delito que contra ellos cometiera Bonaparte. De víctimas inocentes, los ha cambiado en alevosos criminales. Su conducta había sido correctísima. Por testimonio del propio representante fran-

cés en Venecia, Lallemand, consta que si la población detestaba á los franceses, á causa de las exacciones y atropellos que éstos les habían infligido, el gobierno apelaba á todos sus recursos para mantener la paz. El haberse negado á ingresar en la alianza francesa y cambiar la Constitución del Estado no era motivo de ofensa ni de guerra. La perfidia de Bonaparte es manifiesta. Sus agentes fueron los que provocaron la revolución, en la que buscaba pretexto para dominar á Venecia y ofrecerla como compensación en la paz con el Austria. Un joven oficial francés, ayudante del general Kilmaine, el hábil é ingenioso Landrieux, se puso al frente de los clubs que habían formado en las ciudades venecianas las familias patricias, celosas de la autocracia de la capital, y cuando todo lo tuvo preparado, los empujó á la revolución, que estalló el trece de Marzo en Bérgamo, el diez y nueve en Brescia. En una y otra ciudad, los insurrectos expulsaron á los podestás, instituyeron un Consejo municipal, armaron al pueblo y confiaron el mando de las fuerzas populares á Landrieux, que lo aceptó, con aprobación de Kilmaine, al parecer. La noticia de estos sucesos cayó como una bomba en el Senado de Venecia, que se apresuró á enviar á Bonaparte á dos de sus más reputados repúblicos, Francisco Pesaron y Juan Corner. No sabía que de allí provenía todo el mal. Landrieux escribió el veinte de Marzo á Augereau, que había ido á llevar al Directorio los trofeos de Mantua, que las poblaciones venecianas, cansadas del yugo aristocrático, habían vuelto sus ojos hacia él. «Les he dado algunos consejos, seguía diciendo; los han seguido; son libres; me han nombrado jefe de sus tropas..... Apresúrese á volver; se pelea, se triunfa y usted está lejos». El movimiento no paró aquí. Se siguió trabajando para sublevar á Saló, Crema y acabar con la dominación de Venecia en el Oeste del Adige. Las clases populares, bien tratadas por el gobierno veneciano y saqueadas por los franceses, eran hostiles al movimiento, y se hallaban muy excitadas en los alrededores de Brescia, de Saló, de Verona y otras ciudades. Con ellas, fácil habría sido sofocar la revolución, si el Senado veneciano hubiese cumplido con su deber. A la voz del proveditore Battaglia, que se había trasladado á Verona, reuniéronse en unos días treinta mil hombres, que procedió á organizar, pidiendo á Venecia tres mil infantes, oficiales de artillería y, sobre todo, dinero. Pero el Senado se limitó á recomendarle prudencia, moderación y neutralidad. El desgraciado Battaglia tuvo que enviar á sus aldeas á los campesinos, llenos de entusiasmo, y alimentar con el producto de dones voluntarios á unos treinta mil hombres, que conservó consigo en Verona.

Hora por hora sabía Bonaparte todo lo que pasaba en Venecia. El veintitrés de Marzo, llegaron á su cuartel general de Goertz los embajadores Pesaro y Corner. «Delicada conversación, escribió más tarde al Directorio; porque en las circunstancias que me rodeaban, debía evitar una ruptura con Venecia, é impedir al mismo tiempo la violenta opresión del partido francés en las ciudades insurrectas. Censuro á este partido de haberse lanzado tan pronto, y considero esto como funesto; pero sus adversarios son nuestros más mortales

enemigos, y si triunfasen, nos pondrían en guerra con toda la población.» Bonaparte veía con complacencia la actividad que sus agentes desplegaban en las provincias venecianas, y á la débil República comprometerse en una guerra civil. El veinte de Marzo, dió á Víctor la orden de diseminar sus tropas desde la Romanía hasta la frontera veneciana, y encargó á Cacault, en Roma, que presentase este movimiento como señal de sus benévolas intenciones para con el Papa; el veinticinco, escribió á Carnot instándole á que se abriesen las operaciones en el Rhin, y le recordó cuán conveniente sería que hubiese unidad de mando para todos los ejércitos beligerantes. Tomadas estas disposiciones, marchó á unirse á sus tropas allende las montañas: el veintiocho, llegó, por Tarvis, á Villach; dirigió las divisiones contra Klagenfurth, que evacuaron los débiles restos del ejército austriaco sin disparar un fusil, y el treinta llegó á la capital de la Corinthia. De aquí, escribió al Archiduque al día siguiente esta carta: «Los bravos soldados se baten, pero desean la paz. Esta guerra lleva ya seis años. ¿No hemos matado bastante gente y causado bastantes males á la triste humanidad? Cualquiera que sea el desenlace de esta campaña, mataremos, por una y otra parte, algunos miles de hombres más, y acabaremos, al fin, por entendernos, porque todo tiene término en este mundo, hasta las terribles pasiones. ¿Haremos de seguir degollándonos por los intereses y las pasiones de Inglaterra? Señor general en jefe, usted que por su nacimiento está tan cerca del trono y por su carácter tan por cima de todas las pasiones, se halla en el caso de merecer el título de bienhechor de la humanidad y salvador de Alemania. No quiero decir con esto que no sea posible salvarla por la fuerza de las armas; pero en el supuesto de que los azares de la guerra os sean favorables, no por esto dejará Alemania de ser devastada. Por lo que á mi respecta, si la proposición que tengo el honor de presentaros puede salvar la vida á un solo hombre, me sentiré más honrado con la corona cívica que habré merecido, que con la triste gloria que puedan reportarme los triunfos militares». Indudablemente, era Bonaparte maestro en el arte de fingir. Las palabras de lealtad y de humanidad eran meros recursos, que no sentía, que no podía sentir el que de todos los grandes capitanes respetó menos la fe prometida y la vida humana. El verdadero Bonaparte aparece en la carta que escribió unos días más tarde á Clarke, en Turín: «Lo que yo previ y os predije en Bolonia ha sucedido; somos dueños de tres provincias de la casa de Austria y estamos á treinta leguas de Viena. Pero yo no sé que el Rhin haya sido pasado aún, y confieso que esto me preocupa. Si yo tuviese veinte mil hombres más, estaría ya delante de Viena..... He escrito al Archiduque una carta muy filosófica, á la que ha respondido como un niño que teme ser reñido por Thugut, ó mejor, como todos estos hombres, que son tanto más esclavos cuanto más cerca están del trono..... El Archiduque ha perdido, sin exageración, veinticinco mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, mientras que mis bajas apenas llegan á mil». El primero de Abril envió al Directorio su correspondencia con el Archidu-

que, y decía: «Si el gabinete de Viena se presenta en buenas disposiciones, cargaré con la responsabilidad de firmar una paz preliminar, cuyas condiciones, en las presentes circunstancias, habrán de ser mucho mejores que todo lo que se propuso en las instrucciones á Clarke».

En efecto, el Archiduque respondió á Bonaparte que, no teniendo poderes para tratar, remitía su carta á Viena. El general francés no esperó. Calculando que su adversario, cuando viese la capital amenazada, emplearía todas sus fuerzas en defenderla, siguió adelante sin perder momento. Mandó al general Massena marchar hacia los desfiladeros de Neumarkt, adonde había de seguirle de cerca la división GUYEUX, acampando la de Chabot, como reserva, en Friesach. Cuando estos movimientos empezaban á efectuarse, se presentó un parlamentario del Archiduque á pedir una suspensión de armas por cuatro horas. Bonaparte no se dignó contestar siquiera. El cuatro de Abril, Massena alcanzó cerca de Neumarkt las columnas enemigas, que rechazó después de vivos combates hasta Unzmarkt. El Archiduque, resuelto á no aceptar nuevos combates para no perder más gente, al divisar las tropas de Massena bajó por el valle del Mur hasta Bruck, pasando por Indenburg y Leoben, y de esta suerte Massena pudo llegar el siete de Abril á esta última ciudad sin ningún tropiezo, interceptando el único camino por donde los imperiales hubiesen podido recibir refuerzos del Norte antes de bajar al valle del Danubio. Todos los críticos han calificado de temeridad el haberse internado Bonaparte tan adentro en país enemigo y con tan escasas fuerzas; pero un examen siquiera somero de su posición muestra que juntó la mayor previsión á su natural atrevimiento. Ciertamente que, de Leoben á Viena, la distancia sólo es de unas treinta leguas, y que, por la espalda, le separaban ocho de Unzmarkt, diez y seis de Klagenfurth y veintitrés de Tarvis; pero Bonaparte había tomado todas las medidas para reunir sus fuerzas y proteger su línea de retirada. En Klagenfurth estaba la división Bernadotte y dos regimientos de caballería; en Brixen, el general Joubert, pronto á marchar hacia la Corinthia; en Treviso, el general Víctor. De esta suerte, fuertes destacamentos protegían todas las estaciones del largo camino entre el Adige y el Mur. Bonaparte acababa de trasladar su cuartel general á Judenburg, cuando le fué anunciada, el siete de Abril, la llegada de los embajadores austriacos, Merveldt y Bellegarde. ¿Qué había sucedido en Viena?

La carta de Bonaparte al Archiduque Carlos parecióles como bajada del cielo á los ministros de Francisco II, que, asustados por las derrotas pasadas y por los sacrificios que imponía la lucha, participaban del general desaliento y no veían salvación más que en la paz. El mismo conde Trautmannsdorf acababa de presentar al Emperador una *Memoria*, en la que demostraba la imposibilidad absoluta de resistir por más tiempo. Todo el mundo señalaba á Thugut como el causante de tantas y tan dolorosas desgracias. En oposición al príncipe de la Paz de los españoles, se le llamaba el barón de la Guerra, y se

le acusaba de favorecer los intereses de Bretaña. La excitación del pueblo contra el ministro imperial llegó al extremo de que Saurau, presidente de la policía, le previno de que no se consideraba con fuerzas para protegerle contra los insultos públicos. Pueblo y nobleza eran, sin embargo, injustos con Thugut, único estadista que estuvo en esta ocasión á la altura de las circunstancias. Valeroso y enérgico, quería el fin de la guerra tanto como el que más, pero de ningún modo con condiciones lesivas ni vergonzosas. «Después de todos nuestros sacrificios, escribía á Cobenzel el catorce de Julio, tenemos fundamento para pedir aumento de territorio; pero, en la actual situación y con su amor á la paz, el Emperador está dispuesto á tratar con tal que su monarquía conserve la misma extensión que tenía antes de la guerra». Tampoco era exacto que estuviese vendido á Inglaterra. Lejos de esto, día por día aumentaba su disgusto con el gabinete de Londres, que no atendía ninguna de sus reclamaciones, ni la de que aumentase y pagase puntualmente los subsidios, ni las de que enviase la flota al Mediterráneo y dotase de una escuadra al Adriático. No quería tener en cuenta Thugut las dificultades en que tropezaba el gobierno inglés, que no disponía á la sazón de flota que mandar al Mediterráneo y cuyas operaciones financieras tenía paralizadas la crisis del Banco de Inglaterra. ¿Qué más podía hacer Pitt, que había entregado mensualmente ciento cincuenta mil libras esterlinas durante el año mil setecientos noventa y seis, á cuenta del préstamo prometido, y se disponía á elevar esta suma á doscientas mil libras para el año siguiente? Pero Thugut pedía trescientas mil, repitiendo el estribillo: «Sin el dinero y la flota de Inglaterra, no tenemos más remedio que concluir la paz». Pero lo que mayormente indispuso á Thugut con el gabinete de Londres, fué lo que él llamaba irritante parcialidad de Inglaterra para con Prusia, ó sea, la persistente tendencia de los ministros ingleses en solicitar la intervención de la corte de Berlín. Presumía ésta á la sazón, y así se creía también en Viena, contar con las simpatías del emperador de las Rusias, Pablo, y para estrechar más esta alianza, se le ocurrió á Federico Guillermo II escribir al Czar larga carta, en la que le exponía su situación respecto á Francia, el tratado eventual del quince de Agosto, su esperanza de obtener el obispado de Munster si la paz con el Imperio le despojaba de la margen izquierda del Rhin, y su deseo de asegurar los obispados de Wurzburg y de Bamberg á la casa de Orange y la abadía de Fulda al Landgrave de Hesse. No meditó bien este paso Federico Guillermo II: su carta produjo efecto contrario del que se había propuesto. El horror á la revolución y al jacobinismo era en Pablo mucho más fuerte que su aversión á la guerra y sus buenas disposiciones para con Prusia. El descubrimiento de que la corte de Berlín se había entendido con Francia y estaba dispuesta á consentir la subversión del Imperio alemán, le puso resueltamente de parte de los austriacos, y sin reparar en el carácter íntimo de la carta, dió cuenta de ella á Cobenzel y le manifestó que dirigía á Berlín una protesta aplastante contra semejantes iniquidades. Pero no llegó el furor de Pablo al extremo de decidirse á